

otros, se resolvió á insinuar á los turcos, con demostraciones del más sincero dolor, que no los juzgaba capaces de poder defender la Valaquia y la Moldavia; que por lo tanto harían bien en renunciar á estas provincias comprando con este sacrificio una paz duradera, y reconcentrando todos sus elementos en las provincias más fuertemente adheridas al imperio; que si querían á este precio poner fin á una guerra que amenazaba serles funesta, él se comprometía á promover un arreglo inmediato y á garantir en nombre de la Francia la integridad del imperio otomano. No es posible formarse idea de la repentina mudanza que ocurrió en los ánimos al publicarse en Turquía esta insinuación de la diplomacia francesa: de nada sirvió el estudio con que se había procurado no decir más que lo absolutamente inevitable para cubrir el compromiso contraído con la Rusia; vanas fueron las consideraciones y protestas que á aquella insinuación acompañaban: la cólera del sultán Mahmud, del diván, de los ulemas y genizaros llegó á su colmo, y tal fué el sacudimiento que produjo en el ministerio turco, que se propagó con la rapidez de una conmoción eléctrica á la nación entera. Hablóse inmediatamente de armar trescientos mil hombres, y hasta de levantar toda la nación otomana en masa, sacrificando hasta el último discípulo del Profeta antes que ceder. No se quiso considerar á la Francia como una amiga que á su pesar participaba á un aliado, á quien quería bien, la noticia de tenerse que resignar á una necesidad dolorosa; obstinóse la Puerta en mirarla como una amiga pérdida que hacía traición á su antigua aliada, vendiéndola á una ambición insaciable. El Austria, que presenciaba el espectáculo de todas estas vicisitudes con grande impaciencia de sacar partido de ellas, interpretando la entrevista de Erfurt como debía realmente interpretarse, aseguró á los turcos que el secreto de esas famosas conferencias estaba reducido á consumir el sacrificio de las bocas del Danubio, prometido á los rusos por los franceses; que para asegurarse la indulgencia de la Rusia en los asuntos de España, la Francia ponía á su merced los destinos de la Puerta Otomana, y que de este modo, después de haber vendido á sus amigos los españoles, trataba de hacérselo perdonar vendiendo á sus amigos los turcos, y salía de apuro acumulando traición sobre traición. Procuró el Austria hacer todavía más odioso este negro cuadro con una relación enteramente inexacta de lo que estaba pasando en España: pintó á los franceses como vencidos por los habitantes sublevados, y especialmente por los ejércitos ingleses, y como los musulmanes tienen un respeto supersticioso á la victoria, logró la insidiosa corte del Danubio producir en ellos una impresión decisiva representando á Napoleón como juzgado por el resultado, esto es, como condenado por el mismo Dios. De todas estas aseeraciones sacaba el Austria por consecuencia, expuesta en forma de consejo, que la Puerta debía alejarse de la Francia y adherirse á la Inglaterra; dar al olvido el paso reciente de los Dardanelos por el almirante Duckworth y robustecerse por último con los ejércitos austriacos é ingleses para contrarrestar la ambición de un vecino formidable y la traición de un amigo pérfido y desleal.

Como estos razonamientos iban dirigidos á unos hombres exasperados, hallaron acogida en ellos con prontitud indecible, y en poco tiempo se produjo en Cons-

tantinopla una revolución en la política exterior, tan extraña como las que en la política interior habían ocurrido. Hacía un año que los turcos, llevando en palmas á los franceses, habían erigido bajo su dirección formidables baterías amenazando á los ingleses, lanzando contra éstos disparos á bala roja y gritos de odio y venganza; ahora sucedía todo lo contrario: prodigaban á los franceses toda especie de ultrajes, hasta el punto de no poderse éstos presentar en las calles de Constantinopla sin recibir insultos, y los ingleses eran aclamados por los votos de toda la población. Atenta el Austria á todas las alternativas de aquel pueblo vehemente y fanático, notició á los ingleses el buen éxito de sus ardides, y logró que Mr. Adair se presentase en los Dardanelos. Fondó el comisionado con una fragata inglesa y no tuvo que esperar mucho tiempo el permiso para trasladarse á Constantinopla. Habiéndosele dirigido la invitación á instancias de la diplomacia austriaca, pasó á dicha capital, y á las pocas conferencias se firmó la paz celebrada con Inglaterra en los primeros días de enero de 1809. Al punto la Puerta quedó á disposición de la nueva coalición, dispuesta á obedecer á todas las sugerencias del Austria y de la Inglaterra, unidas en causa común.

No menudeaban menos las instigaciones del Austria en San Petersburgo que en Constantinopla, pero no podían ser tan eficaces. Hacíase allí representar la corte de Viena por el príncipe de Schwarzenberg, militar valiente, poco experto en las astucias de la diplomacia, pero capaz de imponer respeto por su lealtad y de alucinar á los demás sobre las verdaderas intenciones de su gabinete, que apenas le eran conocidas. Tenía el encargo de asegurar que las intenciones del Austria eran rectas y desinteresadas; que no trataba de acometer empresa alguna; que, por el contrario, su única preocupación era guarecerse contra cualquier atentado semejante al de Bayona; que si el emperador Alejandro se prestaba á formar más ventajosa idea de los intereses europeos y rusos, hallaría en ella una amiga á toda prueba, incapaz de tenerla envidia y sin pretensiones de disputarle ningún engrandecimiento que fuese compatible con el equilibrio del mundo. Pero el principal encargo del príncipe de Schwarzenberg era encarecer el gran argumento de las circunstancias actuales, la perfidia cometida con la España, que no permitía ya á ninguna nación continuar en alianza con el gabinete francés sin verdadera mengua. Sobre este punto debía el príncipe austriaco, que era un verdadero hombre de bien, tratar de interesar la caballerosidad y delicadeza del emperador Alejandro. Por último, si conseguía ser oído, debía, según se asegura (1), ofrecer la mano del heredero del imperio austriaco para la gran duquesa Ana, lo cual no podía encontrar oposición en la emperatriz madre y debía contribuir á restablecer la buena armonía entre las dos cortes imperiales.

El emperador Alejandro no era ya á la sazón amigo sincero de Napoleón, aunque lo había sido en los primeros tiempos de sus relaciones, cuando su entusiasmo hacia los proyectos quiméricos le hacía aprobar todo lo

(1) La misión del príncipe de Schwarzenberg, á que se dió en aquella época mucha importancia, fué sabida por el gabinete francés por las confidencias del emperador Alejandro á Mr. de Caulaincourt. (N. del A.)

que ideaba su aliado. En aquella época había sinceramente admirado el genio y la persona de Napoleón, bien dignos por cierto de ser admirados, y hallándose su interés en consonancia con su entusiasmo había llegado á ser cordial aliado suyo. Pero la ilusión de poder efectuar un proyecto gigantesco se había desvanecido juntamente con la esperanza de lograr la posesión de Constantinopla y cuando ya sólo se empezó á tratar de la cesión de Bucharest y de Jassy; porque si bien para la Rusia era proposición muy ventajosa la adquisición de las provincias del Danubio, que hoy mismo está por consumar todavía, sin embargo, este engrandecimiento, más positivo, aunque menos deslumbrador, no entusiasma á Alejandro, y le ponía en cuidado acerca del modo de llevarlo á cabo. Al principio parecía que hubiese bastado la adquisición de Napoleón para obtener las provincias del Danubio; pero en el momento de realizar este deseo se presentaban obstáculos mucho más graves que los que se habían temido. Si Napoleón hubiese quitado al Austria desde luego toda idea de resistencia domeñando prontamente á la España y causando á los ingleses algún desastre ruidoso; si los turcos, supuesto este caso, hubiesen tenido que resignarse con la suerte que hubiera querido dar á sus provincias, el emperador Alejandro habría podido conservar hacia una alianza que le reportaba ventajas tan infalibles y prontas, si no aquel entusiasmo inspirado por sus primeros proyectos, al menos cierto fervor favorable á la Francia; pero por grande que fuese el genio de Napoleón, por grandes que fuesen sus recursos, tales dificultades se había creado, que había llegado á inspirar á sus enemigos de todas clases valor suficiente para volverle á acometer de nuevo.

La Rusia por su parte no había podido conseguir en Finlandia aquellos triunfos que la habían predicho así en San Petersburgo como en París. Este vasto imperio de tan inmenso porvenir, pero tan distante todavía de su destino, verdadero Hércules en la cuna, no había podido jamás enviar más de cuarenta mil hombres efectivos á Finlandia durante la campaña de estío, y había invertido la buena estación en hacer contra los suecos un género de guerra que era muy poco digno de su grandeza.

La guerra de Suecia, tan poco moral en su principio como la de España, no había producido triunfos más decisivos, y los dos emperadores, aunque muy superiores á sus enemigos, tenían muy poco que agradecer á la fortuna de sus últimas empresas. El emperador Alejandro estaba muy poco satisfecho del resultado de su campaña: veía que tenía que conquistar con penosos esfuerzos aquello mismo que Napoleón le cedía, y la desilusión que tan fácilmente se apoderaba de él se advertía ya en todos sus actos. Creía sí á Napoleón asaz poderoso todavía para que fuese expuesto el indisponerse con él; pero ya no le juzgaba tan favorecido de la victoria para que fuese tan ventajosa como antes su alianza, ni menos bastante probo para que aquélla fuese honrosa. Y como por otra parte no habría probablemente conseguido del Austria y de la Inglaterra las conquistas que seguían siendo su pasión dominante, es decir, las provincias del Danubio; como cualquier nuevo cambio en sus amistades podría serle indecoroso, había resuelto persistir en la alianza francesa, pero sacando

de ella el mayor provecho á costa del menor *servicio posible* (1).

Con tal disposición de ánimo, la guerra de Francia con el Austria debía ser para Alejandro la circunstancia más inoportuna y alarmante, porque iba á hacer más dificultosa la conquista de las provincias turcas, á exigir un esfuerzo muy costoso si había que auxiliar á Napoleón poniendo un ejército en Galitzia, y añadir una contienda más á las cuatro que ya existían contra los suecos, los ingleses, los persas y los turcos. Esta guerra iba además á poner á la Rusia en contradicción aún más chocante con sus propios antecedentes, porque podía exponerla á pelear en los campos de Austerlitz por los franceses contra los austriacos, y dar nuevos motivos de queja á la aristocracia rusa, que llevaba á mal la intimidad con la Francia. Por último, ya fuese feliz ó desgraciado, su resultado había de ser siempre enojoso, porque si era feliz podía inspirar á Napoleón la funesta idea de destruir el Austria y de suprimir entre el Rhin y el Niemen toda potencia intermedia; si desgraciado, iba á hacer ridícula, peligrosa é infructuosa por lo menos la liga con la Francia, formada con escándalo de todas las antiguas monarquías de Europa. No hay peor posición que la de no poder desear ni el bueno ni el mal éxito de una guerra, y lo mejor que en tal caso puede hacerse es procurar impedirlo. Esto era en efecto lo que Alejandro había resuelto hacer por todos los medios imaginables.

Había vuelto Mr. de Romanzoff á San Petersburgo tan seducido con los agasajos de Napoleón, como lo estaba Mr. de Caulaincourt con los de Alejandro; pero los dos soberanos eran demasiado superiores á sus ministros para caer en la fascinación que obcecaba á éstos. Dejaba Alejandro á Mr. de Romanzoff que le contase las maravillas de París y los obsequios de que Napoleón le había colmado, lo mismo que éste oía referir los halagüeños miramientos de que Mr. de Caulaincourt era cada día objeto; sin embargo, no cambió ninguna de sus resoluciones. Fijó de acuerdo con Mr. de Romanzoff el lenguaje y conducta que debían usarse con la Francia, y tuvo con Mr. de Caulaincourt varias conferencias muy importantes. No le ocultó casi nada de lo que pensaba acerca de la situación: habló imparcialmente de Napoleón, y con modestia de sí mismo. Convino en que la guerra de la Finlandia no había sido bien conducida; pero expresó el sentimiento de que Napoleón por su

(1) Los que pintan á Alejandro siempre falso con Napoleón, se engañan tanto como los que le representan siempre sincero. Fué sincero mientras duraron su obcecación y la fortuna prodigiosa de Napoleón. Lo fué algo menos cuando á la conquista del imperio turco sucedió en sus ensueños la conquista de la Valaquia y de la Moldavia, y especialmente cuando Napoleón empezó á ser á sus ojos menos invencible, menos afortunado. Entonces el cálculo substituyó al entusiasmo para hacer lugar más adelante á un sentimiento de peor índole todavía. Pero es preciso confesar que Napoleón tuvo la culpa de este cambio, y es muy difícil pronunciar una condenación moral, ya del uno, ya del otro. Los coloquios secretos de Alejandro con Mr. de Caulaincourt, que éste trasladaba con escrupulosa exactitud, ponen en evidencia estas sucesivas mutaciones con que acompañaba Alejandro sus discursos. Verificábase la mudanza con una ingenuidad que prueba que al hombre más sagaz (y Alejandro lo era mucho) le cuesta trabajo ocultar la verdad. El mismo Napoleón, aunque distante, lo veía con toda claridad, y todo en efecto prueba que no se engañó en lo más mínimo.

parte no hubiese logrado contra los ingleses triunfos más decisivos, y hasta pareció indicar como que los ingleses habían sido los únicos á recabar algún resultado en España, puesto que iban á tener á su disposición las colonias españolas, que valían más que la conquista dudosa de Lisboa y Cádiz que tanto encarecían los franceses. Manifestó todo el pesar que habría de causarle el tener que pelear con los antiguos aliados con quienes se había hallado en Austerlitz, y los compromisos que esta singular situación iba á ocasionarle en la clase alta de San Petersburgo y aun en toda la nación rusa; confesó la dificultad que tendría en reunir, además de un nuevo ejército en Finlandia, tropas de observación en las costas del Báltico, un grande ejército expedicionario contra la Turquía y otro ejército auxiliar de los franceses contra Austria: dificultad no sólo militar sino también y principalmente pecuniaria. Finalmente llevó sus confidencias hasta el punto de declarar que el mismo éxito feliz de la nueva guerra le inspiraba recelos, porque no podría ver sin inquietud desaparecer el Austria, y por otra parte jamás accedería á que se hiciese de ella otra Polonia. Declaró que si la paz le era á él necesaria, también era necesaria á Napoleón; porque bien echaba de ver, decía, que la Francia empezaba á desecharla y á mudar de opinión acerca de su glorioso soberano. Todas estas razones persuadían en su concepto que se le debía dejar obrar con toda libertad con el Austria, haciendo cuanto pudiese por evitar una guerra cuya sola idea le era en sumo grado disgustosa. Añadía que por desgracia estaba muy lejos de creer como Napoleón que bastase amenazar y proclamar un *ultimátum* en nombre de las dos grandes potencias del universo para contener á unas gentes despavoridas, dominadas por el odio y el terror, que reunían á una singular exageración en su modo de expresarse, cierto temor sincero que era menester tener en cuenta. Pedía por todas estas razones que se le permitiese tranquilizar é intimidar á los austriacos á un mismo tiempo: tranquilizarlos, negando categóricamente el supuesto proyecto de tratarlos como á los españoles, é intimidarlos, haciéndoles ver las funestas consecuencias que les acarrearía una nueva guerra. Negóse además Alejandro, como lo hubiera hecho en su caso Napoleón, á confiar la conducción de este negocio á los dos ministros que tenían Rusia y Francia en Viena. Aunque deseaba la paz, Napoleón creía que estos dos personajes procederían de una manera más perentoria y serían por lo mismo más fácilmente escuchados; Alejandro, al contrario, creía que sus insinuaciones conducirían directamente á la guerra. «Nuestros ministros lo echarían á perder todo, dijo á Mr. de Caulaincourt. Déjenme ustedes á mí dirigir y hablar en el asunto, y yo aseguro que si la guerra puede evitarse se evitará, y de lo contrario yo procederé cuando sea inevitable con lealtad y franqueza.» No había que hacer más que dejarle obrar, puesto que al cabo sus miras eran pacíficas y convenían en un todo con las miras de Napoleón, que anhelaba vivamente evitar la guerra.

A tal punto lo deseaba, que había autorizado secretamente á Alejandro para que prometiese, no tan sólo la doble garantía de la Rusia y de la Francia en cuanto á la integridad de los Estados austriacos, sino también la evacuación completa del territorio de la Confedera-

ción del Rin, lo que equivalía á ofrecer que no quedaría ni un solo soldado francés en Alemania.

Cumpliendo el emperador Alejandro su palabra, se expresó con la más completa franqueza con el príncipe de Schwarzenberg. Aunque no supo dominar bien su embarazo cuando el ministro austriaco (1) le dirigió el reproche de que se hacía cómplice de la indigna conducta de Napoleón en Bayona, no se dejó vencer porque el príncipe apelase á sus generosos sentimientos en favor de la causa europea, sino que oponiendo á la política austriaca todas las falsedades y fingimientos de que estaba haciéndose culpable de dos años atrás, puesto que había estado hablando siempre de paz cuando sólo se ocupaba en prepararse á la guerra, acabó declarando que había contraído compromisos formales sin más interés que el de su imperio, y á los cuales no podía faltar; que si se cometía la locura de romper las hostilidades, el Austria sería anonadada por Napoleón, en lo que tendría que intervenir forzosamente la Rusia, porque habiendo empeñado su palabra tenía que cumplirla uniendo sus tropas á las francesas; que esa emancipación europea de que siempre estaban hablando, era una verdadera utopía; que con provocar al que llamaban coloso destructor á hacer un nuevo esfuerzo, sólo lograrían quedar más aniquilados todavía; que el único resultado que podía esperarse era proporcionar á la Inglaterra, que era otro coloso destructor en los mares, el medio de retardar aún más la paz de que tan urgente necesidad había; que él por su parte era la paz lo único que ambicionaba (aunque bien hubiera podido añadir juntamente con las provincias del Danubio); y por último que era absolutamente preciso buscarla; que él tendría por enemigo á todo el que á ella opusiese obstáculos, cualesquiera que fuesen, y que emplearía contra él todas las fuerzas de su imperio. Suprimió Alejandro toda insinuación acerca de una alianza de familia con el Austria, por no incurrir en la torpeza de ofrecer á un archiduque la mano de una princesa que tenía ya casi prometida á Napoleón.

El ministro austriaco quedó aterrado con estas explícitas declaraciones. La sociedad de San Petersburgo, aunque menos expansiva que la de Viena, le había hecho esperar un resultado enteramente distinto: habíale parecido que todos en ella eran del partido europeo contrario á la Francia, aunque no se atreviesen á manifestarlo claramente por temor de ofender al emperador. Habíase además asegurado de que la familia imperial participaba de los mismos sentimientos, y creyó poderse lisonjear de ser bien recibido por Alejandro. Otro embajador de más experiencia habría echado de ver que á vuelta de aquellas opiniones, en verdad muy positivas, y de que participaba hasta cierto punto el mismo Alejandro, había intereses ligados á la sazón con los de Francia; que si la aristocracia rusa y la familia imperial podían obedecer á su capricho propasándose á un lenguaje en consonancia con sus preocupaciones, el emperador y sus ministros tenían que seguir otra conducta, y que si podían prometerse la adquisición de un hermoso territorio mientras Napoleón derrocaba á los Borbones,

(1) El príncipe de Schwarzenberg se vanagloriaba de haber hecho bajar los ojos al emperador Alejandro al recordarle que se hacía cómplice de una odiosa expoliación si prestaba apoyo al autor de la guerra de España. (N. del A.)

sus actos no podían ser equívocos ni dejar de atender á la conveniencia del imperio, que en el general trastorno podía lograr las tan apetecidas márgenes del Danubio, por más que murmurasen los cortesanos y las mujeres.

Pero el buen príncipe de Schwarzenberg no sabía discernir la verdad entre estas aparentes contradicciones, y sus quejas resonaban en todo San Petersburgo. Escribió á su corte despachos que hubieran debido contenerla, á ser esto posible hallándose ya en el borde del precipicio; y viendo Alejandro que había producido cierta impresión en el ánimo del representante austriaco, holgóse esperando que éste lograría quizás algo de su corte, aunque no quiso confiar en ello y comenzó sus preparativos para una próxima guerra. Urgióle terminar cuanto antes la guerra de Finlandia, para lo cual envió á esta provincia un refuerzo que hacía ascender á cerca de sesenta mil hombres las fuerzas que en ella operaban, y mandó avanzar hacia el interior de la Suecia por el mar helado. Debía una columna rodear el golfo de Bothnia para encaminarse por Uleaborg sobre Tornea y Umea. Otra división debía atravesar por el hielo aquel mismo golfo, partiendo de Wasa para darse la mano con la primera por debajo de Umea. La tercera, que era la principal, debía encaminarse también sobre los hielos y avanzar por las islas de Aland hacia Estokolmo. La guardia y dos divisiones más estaban destinadas á permanecer entre San Petersburgo, Revel y Riga, espionando las tentativas de los ingleses contra el litoral del Báltico. Cuatro divisiones de infantería y una de caballería, que componían unos sesenta mil hombres, estaban destinadas á penetrar en Galitzia más bien para mantener el equilibrio en los acontecimientos que para cooperar con los ejércitos franceses. Por último, parecía natural que la Rusia dirigiese sus principales esfuerzos hacia la Turquía, porque Alejandro si bien quería ser mediador en Occidente, no por eso renunciaba al carácter de conquistador en Oriente; así que envió ocho divisiones al Danubio inferior, entre las que había una de reserva formada de los terceros batallones. Debía ésta tomar una dirección media entre la Transilvania y la Valaquia, de modo que pudiese cooperar con el ejército de invasión que avanzaba contra los turcos, ó bien replegarse sobre el ejército de Galitzia para coadyuvar de cualquier modo á los sucesos que por aquella parte ocurriesen. Contábasele á Mr. de Caulaincourt esta división como una de las que estaban destinadas al servicio de la liga. El conjunto de tropas que habían de operar en esta dirección ascendía á cerca de ciento veinte mil hombres. Así, pues, terminar la conquista de la Finlandia, hacer frente á los ingleses, conquistar las bocas del Danubio y moderar los acontecimientos en Alemania; tales eran las varias atenciones á que consagraba Alejandro los doscientos ochenta mil hombres de tropas activas de que podía disponer. Si no hacía más, achacábalo al estado de su hacienda, del que continuamente se quejaba con Mr. de Caulaincourt, hablándole sin cesar de las cinco guerras que iba á tener que sostener, y rebajándose hasta la humildad á despecho de su natural altivez siempre que se trataba de recursos pecuniarios para pedir con mejor éxito que le ayudasen á hacer un empréstito en Francia ó en Holanda. La conducta de la Rusia desalentó al gabinete de Viena, que se la había imaginado menos contraria á

sus miras, porque juzgaba del espíritu del ministerio por el lenguaje de la nobleza rusa en las reuniones de San Petersburgo. Con todo, aunque consideraba como frustrada la misión del príncipe de Schwarzenberg, se complacía en pensar que aquel gabinete no podría resistir mucho tiempo á la opinión nacional, y menos aún al primer triunfo que consiguiesen las armas austriacas; empeñóse en que este primer triunfo, que según decían iba á arrebatar á toda la Alemania, arrastraría también en pos de sí á todo el continente, y que bastaría alzar la bandera, con tal de que se hiciese bajo un auspicio feliz, para que todos siguiesen el impulso. Los sesenta mil hombres destinados á Galitzia se consideraron como un mero cuerpo de observación, al que bastaría oponer fuerzas muy inferiores encargadas igualmente de maniobrar. El lenguaje y las demostraciones armadas de la Rusia no se tomaron como un argumento contra la guerra, sino que por el contrario se decidió precipitarlo todo para tratar de alcanzar sobre las tropas francesas, diseminadas aún desde Magdeburgo á Ulm, ese primer triunfo que había de arrastrar á todas las potencias. Era la situación del Austria una de aquellas situaciones en que, no siendo ya posible retroceder, cualquier circunstancia, aunque sea favorable, se interpreta como un motivo más para seguir adelante.

Transcurrió todo el mes de febrero y parte de marzo en preparativos de guerra y en idas y venidas de los agentes diplomáticos, y se creía necesario ocupar el teatro de las operaciones para principios de abril, es decir, para los primeros días en que fuese ya posible hacer la guerra en Austria, donde á la sazón apenas comenzaba á matizarse de verde la tierra. Entonces se determinó en Viena el plan de campaña que se había de seguir. Establecióse, en primer lugar, que hacia la Italia y la Galitzia sólo se pondrían en juego las fuerzas más insignificantes del imperio. Resolvióse enviar bajo las órdenes del archiduque Juan unos cincuenta mil hombres á favorecer la insurrección del Tirol y á dar ocupación con su presencia á las fuerzas de los franceses en Italia, y agregáronsele de ocho á diez mil hombres para batallar con el general Marmont en la Dalmacia. Destinóse al archiduque Fernando á contener con cuarenta mil hombres al ejército saxo-polaco, reunido bajo los muros de Varsovia, y á observar á los rusos que se internaban en la Galitzia.

La masa principal, que contenía las mejores tropas y más numerosas, debía operar en Alemania por el Danubio superior, y acometer la atrevida empresa de sorprender á los franceses antes de su concentración. El archiduque Carlos, que como ministro de la Guerra la había organizado, era el destinado á mandarla como generalísimo, y nada había omitido para el buen desempeño de su cargo. Constaba de unos doscientos mil hombres, la mayor parte infantes, en cuya instrucción se había esmerado mucho el archiduque, y de artilleros, siempre buenos en Austria; pero no estaba muy provista de caballería, porque el archiduque no se había ocupado en aumentarla, aunque sin ser numerosa era tan valiente como experta. Dividíase en seis cuerpos de ejército y dos de reserva, repartidos entre la Bohemia y el Austria superior. Componía un total de trescientos mil hombres de tropas activas, contando las tropas destinadas á operar en Italia y en Galitzia. La reserva y las

partidas de la insurrección húngara debían cooperar con esta masa principal protegiendo á Viena, y, si Viena se perdía, internándose en Hungría para allegar todas las reliquias del ejército activo y prolongar la guerra. Esta segunda masa, que venía á reunir unos doscientos mil hombres de milicias poco aguerridas, aunque ya regularmente instruidas, hacía pasar de quinientos mil hombres las fuerzas de Austria, que jamás había desplegado tan formidables ejércitos.

Faltaba saber qué empleo se daría á los doscientos mil hombres que componían la masa principal destinada á operar en Alemania y á descargar los primeros golpes. El consejo aulico, reputado como causa común de los reveses que sufría el Austria, porque se suponía que paralizaba la autoridad de los generales, había sido despojado de su influencia en beneficio del generalísimo, sin que de esto pudiera prometerse mayor unidad en el mando, puesto que no hay armonía sino donde reina una voluntad enérgica dirigida por un ánimo constante, y el archiduque, aunque príncipe prudente, ilustrado y valiente, y el mejor entre los capitanes austriacos, no tenía la suficiente entereza de alma ni el suficiente carácter para asegurar la unidad del mando: de manera que las contradicciones iban á pasar del consejo aulico al consejo que á su alrededor formaban los jefes influyentes de su estado mayor. Había en verdad la ventaja de que la contradicción, cualquiera que fuese su carácter, era más fácil de evitar residiendo en el mismo campo de batalla, y esta ventaja no era del todo despreciable.

El estado mayor estaba á la sazón dividido en dos opiniones sobre el plan de campaña que convenía adoptar. Era la una tomar la Bohemia por punto de partida, y suponiendo á los franceses diseminados todavía en Sajonia y Franconia y en el alto Palatinado, desembocar sobre Bayreuth, es decir, en el centro de la Alemania, irlos batiendo parte por parte, y soliviar las poblaciones germánicas con esta aparición súbita y estos rápidos resultados. Este plan atrevido, que conducía á los austriacos por Bayreuth y Wurtzburgo hasta las mismas puertas de Maguncia, presentaba la ventaja de conducirlos al Rin por el camino más corto, y de causar el desorden en los acantonamientos de los franceses, y en Alemania la más viva conmoción. Pero por lo mismo que era atrevido, requería para su ejecución un carácter que no tienen por lo regular más que los capitanes superiores, comunmente afortunados, y confiados porque saben que la fortuna les favorece. No había á la sazón ninguno de esta especie en Alemania ni fuera de ella, excepto en Francia. Este plan suponía además un grado de perfección en los preparativos militares del Austria, que su administración, más laboriosa que expeditiva, no había conseguido aún darles. Lo más que había logrado era que los cuerpos que debían reunirse en Bohemia estuviesen allí concentrados en los primeros días de marzo. Había muchos regimientos que carecían de terceros batallones, y los carros de artillería aún no estaban prontos. Este plan, destinado á sorprender á los franceses, sin duda alguna hubiera pasado por bueno si en efecto se les hubiese sorprendido, y si la ejecución hubiese correspondido á lo atrevido del proyecto; pero dado caso de que no se les sorprendiese completamente, podía ser funesto, porque con sólo que tuviesen

tiempo para trasladarse del Elba al Danubio y reunirse entre Ulm y Ratisbona, el ejército austriaco quedaba expuesto á que le acometiesen por su flanco izquierdo, tomando á Viena por el Danubio, dispersando todos los destacamentos que había dejado en Baviera, y aun quizás cortando su línea de operaciones: azar que era muy de temer mediando un general como Napoleón, tan fecundo en maniobras imprevistas.

El segundo plan, menos ambicioso pero más seguro, consistía en tomar la vía acostumbrada del Danubio, por donde debían naturalmente llegar los franceses atendida la facilidad de las comunicaciones por medio de aquel gran río; en hacerles cara en el mismo camino con la enorme masa de doscientos mil hombres, y en aprovechar las circunstancias de tenerlo todo mejor dispuesto que ellos, no ya para sorprenderlos, sino para batirlos antes que tuviesen fuerzas suficientes para disputar la victoria. Este plan no daba campo á ninguna de aquellas combinaciones repentinas de Napoleón que ordinariamente dejaban frustrados todos los cálculos, y sólo exponía al azar de la contienda en el campo de batalla, siempre asaz peligroso contra semejante capitán y semejantes soldados.

Los dos planes de que tratamos fueron prolijamente debatidos entre dos oficiales del estado mayor del archiduque Carlos, que eran el general Méyer y el general Grunn, y fueron causa de desacuerdo entre los militares más ilustrados del Austria. Pero como sucede siempre en semejantes circunstancias, la decisión del caso se encomendó al suceso, y no se adoptó ningún partido hasta que los espías diseminados por entre las tropas francesas descubrieron la marcha del mariscal Oudinot sobre Ulm, y la del mariscal Davout sobre Wurtzburgo. Comprendióse entonces que se llegaría demasiado tarde para que fuese la buena suerte la que se realizara y no la mala, y que desembocando por la Bohemia sobre Bayreuth los franceses caerían sobre el flanco izquierdo apoderándose de Viena por el Danubio. Entonces se tomó repentinamente la resolución de volver á encaminar hacia el Austria superior los cuerpos que debían en un principio reunirse en Bohemia. Se hizo sin embargo lo que se hace siempre que la dirección es adocenada: conservóse algo del primer plan, y el segundo sólo se adoptó reduciendo la masa principal de las fuerzas que debieron haberse destinado á su ejecución. Quedaron unos cincuenta mil hombres en Bohemia bajo los generales Bellegarde y Kollowrath, y cerca de ciento cincuenta mil pasaron al Austria superior para dirigirse por Baviera sobre Ratisbona al encuentro de los franceses. El primero de estos ejércitos debía desembocar por el alto Palatinado sobre Bamberg, dilatando su izquierda hacia Ratisbona. El segundo debía invadir la Baviera y subir por el Danubio extendiendo su derecha sobre Ratisbona, de manera que ambos ejércitos, comunicándose por el río, pudiesen reunirse en caso necesario, pero también con mucho peligro de fracasar en esta reunión. De este modo fueron las fuerzas austriacas avanzando por las dos márgenes del Danubio, suspensas por decirlo así entre dos distintos planes, siempre con esperanzas de maniobrar antes que los franceses y de resguardarse contra su marcha de flanco con derramar una parte de las huestes austriacas de la Bohemia en la Baviera. El general Mé-

yer, que suponían sostenía el primer plan, fué enviado del estado mayor del archiduque Carlos al del archiduque Juan, para que luciese en Italia los talentos de que la Alemania no había querido hacer uso; y el general Grunn, que había sostenido el segundo, quedó solo cerca del archiduque Carlos como su principal consejero.

Por este nuevo sistema, el primer cuerpo que se había formado en Saatz bajo la dirección del teniente general Bellegarde, y el segundo cuerpo cuya formación había dirigido en Pilsen el general de artillería Kollowrath, conservaron los mismos puntos de reunión y recibieron orden de desembocar con cincuenta mil hombres por la última frontera de la Bohemia sobre Bayreuth hacia los primeros días de abril. Los cuerpos de Hohenzollern, de Rosemberg y del archiduque Luis, que se habían formado en Praga, Piseck y Budweis, y el primer cuerpo de reserva del príncipe Juan de Liechtenstein, que se había formado en Iglau y se componía de granaderos y coraceros, recibieron orden de pasar de Bohemia á Austria por el camino de Budweis á Lintz, de cruzar el Danubio por el puente de Lintz y de hallarse sobre el Inn, que contorneaba la frontera de Baviera, á principios de abril. Allí debían todos reunirse con el cuerpo del teniente general Hiller, formado en Wels sobre el Traun, y con el segundo cuerpo de reserva del general Kienmáyer, formado en Ens sobre el Ens. Debían estos seis cuerpos marchar reunidos sobre Baviera con la derecha en el Danubio, en disposición de encontrarse hacia Ratisbona con la izquierda de Bellegarde y de Kollowrath. La época de romper las primeras hostilidades se había fijado á principios de abril, así para la Italia y la Polonia como para la Bohemia y la Baviera.

Pero sin extremar el disimulo más de lo permitido en buena ley, no era ya posible seguir hablando de paz cuando se ponían los ejércitos en marcha y se les mandaba forzar las fronteras en el término de quince días. No era posible imitar en tierra la conducta que en el mar observaban los ingleses, los cuales solían apoderarse descaradamente del comercio del enemigo sin que precediese declaración alguna. No había por otra parte tanta seguridad en la victoria que pudieran infringirse con ese descaro y con esperanzas de impunidad las leyes del derecho de gentes; por lo cual se encargó á Mr. de Metternich que hiciese al gabinete francés una declaración preliminar que sirviera de transición entre el lenguaje pacífico y el rompimiento de la guerra.

En efecto, el 2 de marzo se presentó Mr. de Metternich en París en casa del ministro de Negocios extranjeros Mr. de Champagny, y le declaró en nombre de su gabinete que la repentina llegada del emperador Napoleón, la invitación dirigida á los príncipes de la Confederación para que reuniesen sus respectivas huestes, ciertos artículos de los periódicos y varios movimientos que en las tropas francesas había advertido, le decidían á sacar sus ejércitos del pie de paz en que hasta entonces habían estado, aunque sólo abrazaba esta resolución forzado por la conducta del gobierno francés, y por lo demás sólo tomaba las precauciones indispensables sin renunciar todavía á sus intenciones pacíficas.

Respondió á esta comunicación Mr. de Champagny

con frialdad y desconfianza, diciendo que la mutación del pie de guerra databa ya de seis meses; que hacía ya en efecto medio año que el Austria se disponía á nuevas hostilidades; que no se había engañado el emperador Napoleón al observarlo, y que él también por su parte estaba prevenido; que la alarma que ahora se manifestaba no podía ser sincera, porque cuando los franceses habían ocupado la Silesia con ejércitos formidables no se había creído el Austria amenazada, al paso que ahora que la mayor parte de las tropas francesas habían pasado á España, fingía la mayor inquietud; que su lenguaje por lo tanto no revelaba sinceridad y buena fe; que evidentemente la política inglesa había logrado sus fines en Viena; que el Austria se liasonjeaba de estar dispuesta á la guerra, y que empezaba á moverse porque creía era llegado el momento oportuno de hacerlo; pero que no sorprendía á la Francia, y que sólo á sí misma tendría que echarse en cara las consecuencias de la guerra si éstas eran desastrosas.

Conducido Mr. Metternich á tener que explicarse más, se quejó del silencio del emperador Napoleón con respecto á su persona y de la ignorancia en que se había dejado al Austria de las negociaciones de Erfurt. Al parecer atribuía únicamente á la falta de explicaciones amistosas la mala inteligencia que estaba á punto de producir la guerra. Replicóle Mr. de Champagny con altivez que el emperador no tenía nada que hablar con un embajador á quien engañaba la corte de Austria, ó que engañaba á la corte de Francia, puesto que nada de lo que había prometido se había cumplido: ni la suspensión de los preparativos militares, ni el reconocimiento del rey José, ni la conversión á disposiciones pacíficas; que por lo mismo toda disposición era inútil con el representante de una corte con cuyas promesas no se podía contar; que no era la persona de Mr. de Metternich la desairada, sino el representante de un gobierno infiel á todos sus compromisos; que el Austria había salvado á los ingleses pasando el Inn en 1805 cuando Napoleón se disponía á atravesar el estrecho de Calais, y que ahora acababa de salvarlos de nuevo estorbando á Napoleón que los persiguiese hasta la Coruña; que de este modo había ya por dos veces arrebatado el Austria á la Francia el triunfo sobre su émula é impedido el restablecimiento de una paz duradera y necesaria al universo; que ella por lo tanto sufriría la pena sin esperanza de que Napoleón fuese para ella menos veloz ni menos previsora ni menos terrible que de costumbre.

Después de expresar algunos otros motivos de queja de la misma índole, separáronse los dos ministros sin el menor indicio de que pudiera esperarse la reconciliación. Mr. de Metternich, deplorando al parecer la guerra por las funestas consecuencias que su imaginación le representaba, y por lo bien que se hallaba en París; y Mr. de Champagny sin temor alguno por la nueva lid, y más bien con la exasperación propia de un súbdito lleno de abnegación, que no puede tolerar se atribuya á su soberano la más leve falta (1).

Napoleón, aunque inclinado á esperar la paz por el

(1) Trazamos este coloquio sobre documentos auténticos, pues fué comunicado al punto por el mismo Mr. de Champagny al emperador en forma de diálogo y existe en el archivo de Negocios extranjeros. (N. del A.)